"MUTTER KRAUSENS FAHRT INS GLUCK" (EL VIAJE DE LA MADRE KRAUSE HACIA LA FELICIDAD)

de Phil Jutzi, 1.929

SINOPSIS:

Ambiente típico del Berlín Norte: un edificio enorme, gris, y el habitual patio negro, profundo como un pozo, sucio y sin aire. Juegan los niños entre el polvo. En la calle, las imagenes de miseria se multiplican. Un mendigo recoge una postal: en ella, los elegantes palacetes del centro, estatuas, jardines. Una hoja de periódico caida por tierra lanza la consigna "La belleza es fortuna". Una serie de tabernuchos donde entran y salen los clientes. Borrachos tambaleantes cruzan la calle entre risotadas de la gente, otros caen al suelo al ser empujados.

En una de esas manzanas de casas grises y tristes del Berlín obrero vive mamá Krause con su hija Erna y su hijo Paul. Entre tantas ventanas todas iguales, he — aquí la suya: dos figuras abrazadas bailan un tango. Son la hija y el inquilino. Ella peinada a lo garçon, con un cigarrillo en la boca... En el patio, el habitual organillo y una mona que causa la maravilla de los chicos. Mientras Erna baila con el inquilino, entra en la casa la amiga de éste y su niña. Va a su hombre acariciar a Enna y vuelve a salir, disgustada. Entra también mamá Krause, mira a los dos bailarines y los regaña con dureza. Luego, pide a su hija la ayude a sacar los periodicos que deben vender. La amiga del inquilino intenta aplacar a mamá Krause, pero ésta no quiere oir explicaciones.

Del patio sube el pregón de un ropavejero. Un mendigo harapiento se lamenta — de no tener ropas viejas que vender. Erna y su madre descienden las escaleras de la casa llevando los periódicos. En el patio, el ropavejero espera a los clientes.

El hijo de mamá Krause, Paul, sube a casa y pide a su madre un marco porque — ha dejado la chaqueta en prenda en la taberna. La madre comenta con amargura la — hogazanería de Paul.

La taberna. Hombres y mujeres bebiendo. Mamá Krause viene a retirar la chaqueta de su hijo.

En casa, Paul juega con la niña. Hacen girar un trompo y Paul comenta que este trompo viene de los almacenes de Papá Noel. La niña, realista, le responde que el juguete lo han hecho los presos y que se lo ha explicado su padre que ha estado muchas veces en la cárcel. La peonza continúa girando y con ella gira toda la ciudad, como gira la noria ante la cual se encuentran Erna y la amiga del inquilino. Erna pierde de vista a su amiga y queda sola en medio del gentío. Ve a Max junto a un banco. Este, que acaba de ganar dos cigarrillos, se los regala a ella. Se alejan entre el público de la feria y sus variopintos artífices.

Algún tiempo después, ya en su casa, Erna ruega a su madre que prepare con esmero la comida ya que Max va a venir ha hablar con ella. Erna se siente feliz, besa a la madre. Las dos mujeres se quitan sus mandiles justo un instante antes de — que llegue el invitado. Erna hace las presentaciones. La madre mira con satisfacción a la pareja. A la hora del café llega también Paul y luego el inquilino con su amiga. Esta examina con ojos críticos al pretendiente mientras su amante la presenta a él como su prometida. Ha decidido regularizar la situación y casarse con ella que, al fin y al cabo, lleva mucho tiempo manteniéndola. Todos le felicitan por su decisión.

Dias más tarde en casa de Max, mientras éste le explica lo que desde la ventana se ve, Erna mira la habitación. Polvo por doquier: se nota la falta de una mujer.

Inmediatamente, se pone manos a la obra y comienza a limpiar. Al llegar s los libros y como Max intenta abrazarla, deja caer uno: no título es "Una historia de Locos". Hace intención de abrirlo pero la tapa se desprende bruscamente de su mano. Es que en el interior hay un recorte. Max la muestra ahora otro libro. "La mujer y la lucha social", pero Erna entretenida con el libro de pega no le presta mucha atención. Max la abraza y la arrastra hacia el lecho. Ella se resiste.

En su casa de nuevo, Erna se lava los pies en una palangana bajo la mirada crítica del inquilino que está comiendo. Erna dice a su madre que Max ha prometido llevarla mañana a los lagos; la madre replica que mañana debería Max ayudarle a hacer las cuentas de los periodicos vendidos. El inquilino mira con tal insistencia las piernas de Erna, que ésta le salpica con agua.

Al día siguiente, Max y Erna juegan como niños junto al mar. La playa está atestada de gente, de esa gente habitual en las playas populares:mujeres gruesas, tipos que tocan la armónica, niños, perros y parejas jóvenes. Entretanto, mamá Krause ha terminado de vender sus sus periódicos y confía el dinero a su hijo que se dispone a ir a casa con él. Pero en la calle encuentra a un amigo que le invita a beber una cerveza. Paul se niega pretextando no tener dinero, pero el otro se ofrece a pagársela y lo convece.

Ya en la taberna, beben ambos la primera cerveza. En seguida, otro amigo los llama a su mesa y las cervezas se multiplican vertiginosamente. Miemtras, mamá Krause intenta en su casa hacer cuentas de sus ganancias al tiempo que el inquilino se afeita disponiéndose a salir.

Pero Paul ha bebido tanto que se siente mal. El tabernero exige que le paguen, el amigo de Paul se niega. Para acallar las protestas del tabernero, Paul hurga en sus bolsillos, saca el monedero que su madre la había confiado y, con gran asombro de todos, muestra lo que lleva en él. Los amigos quieren continuar bebiendo para celebrar tanta riqueza.

El inquilino ha terminado su aseo y advierte a mamá Krause que su hijo anda en la taberna. La madre no lo cree. El inquilino sale y entra a ver a Paul que, con la euforia del alcohol, continúa pagando sus propias cervezas y las de los otros con el dinero conque la familia debería vivir un mes. La alegría general del ambiente queda interrumpida por las palabras del inquilino a Paul: su madre lo está esperando. Pero Paul no se inmuta y le invita también a beber. La fiesta continúa... Y, de pronto, mamá Krause aparece en el local. Ve a su hijo y le pregunta qué ha hecho con el dinero. Paul está absolutamente ebrio. La madre lo mira con fijeza a los ojos y él cae. Inclinándose sobre él, la madre continúa preguntándole por el dinero, le registra los bolsillos, encuentra el portamonedas y se da cuenta de que está vacío: unicamente dos peniques. Paul logra ponerse en pie, ve a todos mirando, se siente en ridículo y abofetea a su madre haciendole caer. El inquilino interviene, alza a la mujer, agarra al muchacho por el cuello y lo arroja al suelo otra vez. Mamá Krause ha salido. Queda en la taberna un ambiente de pesadumbre. Paul se siente mal, le dan calambres en el estómago.

De regreso de su excursión, Max y Erna juguetean. El la coge en brazos y la lleva así un buen rato. Luego, al llegar a la ciudad, se despiden ambos con un último abrazo junto al portal de él, casi asustados de esa separación después de todo un día juntos. Erna espera hasta que los pasos del joven se pierden al alejarse.

Un día nuevo para la ciudad, para Max, para la familia Krause, para el inquilino que duerme junto a su amiga. Se alza éste. Va a la cocina y pregunta a mamá Krause si Paul ha regresado. Contesta ella que no y sale para buscarlo. El hombre queda solo en la cocina donde, sobre un camastro duerme Erna. Cierra la puerta y se dirige hacia el lecho. Mira a la muchacha con deseo, mira también a la niña de su amiga que duerme junto a Erna, titubea... Y, mientras mamá Krause busca por las calles de la ciudad a su hijo, el inquilino, tras dejar en penumbra la habitación, se inclina sobre la muchacha que duerme.

En la habitación contigua, la amiga despierta un instante, ve que su hombre no está y vuelve a dormirse. Entretanto Erna, al sentir el contacto de aquél, abre los ojos y lo aparta bruscamente de sí. El hombre trata de justificarse. Mamá Krause continúa buscando a su hijo, ahora en el almacén del ropavejero.

Paul sube las escaleras de su casa, pero no se atreve a entrar. Max llega a su trabajo: una calle que hay que asfaltar. En casa de mamá Krause se está desayunando. La niña pregunta por Paul, el inquilino dice que no ha regresado, la madre le impone silencio ya que no quiere qué Erna se entere de lo ocurrido. La niña sale luego de la casa hacia el colegio y, en las escaleras todavía, encuentra a Paul. Pide éste a la chiquilla que le baje el abrigo, ésta vuelve a entrar en casa y reaparece un instante después con mamá Krause. Al verla, Paul huye pese a las llamadas de su amiguita.

Ha pasado el tiempo. Se celebra la boda del inquilino y su amiga. Los numerosos invitados comen, beben hasta atiborrarse.

También Paul bebe, pero él en la taberna, junto al amigo de aquel día infortunado. Paul tiene muy mal aspecto.

En casa, Max baila con mamá Krause, la anima a beber. De pronto, entre los recien casados estalla una fuerte disputa. El inquilino deja a su mujer y comienza a bailar un tango con Erna. Luego, ante el asombro de todos, la besa. La muchacha escapa, trata de refugiarse junto a su madre. Max pide explicaciones al inquilino. Este reacciona golpeando al joven y diciéndole que entre él y Erna ha habido ya más de un beso. Max queda de piedra, pregunta a mamá Krause si es cierto. Se lo pregunta también a Erna y ella llora. Los invitados se despiden, mientras el inquilino fanfarronea y manifiesta su intención de mudarse a otra casa, la vieja mamá Krause le suplica que no lo haga ya que durante este mes, es él su única fuente de ingresos. Sin hacer caso de los ruegos de Erna, Max se va también. El inquilino la consuela: encontrará cientos como él. Luego, volviendo junto a los escasos invitados que aún siguen la casa, los invita a bailar.

Terminada la fiesta, la esposa se despoja de su traje blanco y se viste con las ropas de "trabajo", dispuesta a salir también hoy a hacer la carrera. Pero el marido, magnánimo, le concede una jornada de vacaciones. En la cocina, mamá Krause hace sus cuentas. El inquilino le regala una jaula con un pajarillo pretextando que en su habitación tiene menos aire. La vieja se alza abre un armario y saca de él un alfiler de oro.

Mamá Krause se dirige al Monte de Piedad. Empeña allí el alfiler y un reloj del marido, sus dos únicos objetos de valor.

Paul ve a su madre entrar en la oficina del administrador de su casa donde va la vieja a pagar el alquiler mensual. La sigue. La ve depositar ante la empleada todo el dinero de que dispone. Pero se es suficiente. Al fin le es concedida una pequeña dilación del pago.

En casa, Erna pregunta a su madre si es cierto que Paul se bebió todo el dinero, pero la madre le quiere defender aún y niega. Luego, pide veinte marcos prestados a sus inquilinos. Ninguno de los dos tiene ese dinero. El inquilino entrega a la vieja una moneda y sale, no sin acariciar levemente a Erna. Al bajar las escaleras, ve a Paul que ronda la casa. Entretanto, Erna escucha a su madre contar la verdad a la mujer del inquilino. Esto, por su parte habla con Paul. Tiene el muchacho en monte un negocio que puede dar mucho dinero y que le ayudará a sacar de estrechez a su madre.

Max habla con un amigo de lo sucedido con Erna. El amigo le aconseja perdonar a la muchacha, víctima inocente de un ambiente malsano. Max duda: nunca lo había considerado bajo este punto de vista. Poco a poco, el amigo le persuade a vol

ver con su novia.

El inquilino y su mujer tratan de convencer a Erna para que busque con la prostitución el dinero que la familia necesita. La muchacha se niega y ellos la acusan de no ser buena hija. Su madre terminará en la cárcel si no paga los nuevos periódicos. Le ofrecen un papel con las señas de un señor que está dispuesto a ayudarlas. Erna lo guarda.

Erna llama a una puerta y un hombre grueso abre. Ve el papel que la chica lleva en mano y la hace pasar. La invita a sentarse, a beber. Siempre entre sonrisas, le pregunta cuanto dinero necesita. Responde Erna que veinte marcos para su madre y él se los da. Erna le da las gracias, sin haber comprendido todavía las intenciones de él. De pronto, su bienhecho la abraza, intenta formarla, ella le abofetea y huye. Corriendo, cruza las calles hasta la casa de Max. Llama y, al no obtener respuesta, se deja caer exhausta ante la puerta. Una inquilina le informa que Max está fuera, en una manifestación. Erna se alza. Apenas puede caminar, pero decide ir también ella a la manifestación. Buscando a Max, va introduciendose entre los grupos obreros.

Los obreros están en huelga, exigen casas mejores, marchan por las calles cantando. Poco a poco, Erna va ajustándose a su paso. De pronto, ve a su novio, se aproxima a él, y sin decir nada, se pone a marchar al lado suyo. Después de la manifestación, sigue a Max a su casa. Sólo le quedan fuerzas para arrojarse a su cuello. Max la deposita con todo cuidado en el lecho, la acaricia, intenta tranquilizarla cogiendo una de sus manos... Un rato después, Erna se levanta, va hasta la mesa donde se halla el libro del resorte, lo mira, pero ésta vez no sonrió. Max la sienta junto a sí y le dice que tiene una entrada para la gran fiesta obrera que se va a celebrar.

En casa de mamá Krause. Erna y Max han decidido llevarla con ellos a la fiesta. También a la inquilina, cuya hija coge Max en los brazos.

Representación teatral en la fiesta, con un baile de can-can que el público aplaude. Erna abraza a su madre y le comunica que ella y Max han decidido casarse en Octubre. La madre los mira mientras se dirigen hacia la pista de baile.

En ese mismo momento, Paul está ante el Monte de Piedad vigilando su entrada.

Mamá Krause continúa en la fiesta mirando, feliz, a los jóvenes. De pronto, siente la ausencia de su otro hijo y comienza a llorar.

Paul y el inquilino se disponen a entrar en el edificio para robar en él. En la fiesta, mamá Krause ya no aguanta más. Quiere volver a casa y, cogiendo de la mano a la niña, lo hace dejando allí a la pareja. Max pregunta a Erna qué le ocurre a su madre y la muchacha le confiesa las dificultades en que se encuentran — por culpa de Paul. Max promete ayudarlas.

Paul y sus cómplices han entrado, al fin, en el Monte de Piedad. El inquilino va escogiendo las joyas de más valor mientras Paul, al encontrar casualmente el alfiler de su madre, queda como absorto, sin percatarse de las prisas y reprochos de los otros. El empleado a quien Paul apuntaba con la pistola que su cómplice le pone en mano, se da cuenta de su distracción, le arrebata el arma y dispara. Al oir el disparo, los agentes que hacen guardia ante el edificio, entran. El inquilino huye. Paul, aunque herido, logra escapar, mientras el tercer ladrón es apresado.

Paul corre hasta su casa. La madre lo abraza, feliz. El muchacho cuenta el robo que ha intentado cometer y sus motivos: quería remediar la situación de la familia. En este momento se abre la puerta y hace su aparición la policía. Paul es apresado y la madre queda sola con el alfiler que su hijo traía apretado en el puño y que, en el instante de salir, ha dejado caer al suelo. Mamá Krause cierra la puerta. En el lecho, duerme la niña.

La pobre vieja mira la mísera estancia, sus ojos no se apartan del hornillo de gas. Sobre la cocina, lee la inscripción: "No desesperéis, la fortuna llega cada día". Mete unas monedas en el contador del gas, se prepara un café abundante sin pensar esta vez para nada en el ahorro, se echa un chal por los hombros, bebe el café con mucho azúcar y mucha leche, bebe sin que parezca importarle que pueda ser éste el último lujo de su vida. Va luego hasta la niña y decide llevarla consigo en este viaje hacia un mundo de felicidad. Pone en libertad al pájaro. Finalmente, abre la llave del gas y apaga la luz. El reloj va marcando el paso del tiempo en la oscuridad.

Al volver de la fiesta, Max y Erna ven el coche de los bomberos detenido bajo su casa. Dos hombres están inclinados sobre un cuerpo al que intentan reanimar.

Erna lanza un grito. Max le cubre los ojos. Los bomberos parece que han conseguido salvar a la vieja pero, al cabo de un instante, el aparato que mide sus respiraciones deja de funcionar. Mamá Krause ha muerto. Los restantes inquilinos de la casa comentan este fin trágico, Erna llora en brazos de Max.

El film finaliza con un flash-back sobre las manifestaciones de obreros.

- - - - - - - - - - - - - - - - -